

en que le agradaba por ligera, por guapa, por elegante.

—Eres un encantador tipo de mujer—declaró, jugueteando con los femeniles dedos llenos de sortijas y mojados por el champaña.

—¡Sí, eh?... ¿Te gusto acaso? Pues con el gusto te quedas, hijo. No sería yo la primera. A ti te fascinan todas... ¡Los enredos que te traerás, bien guardados!... ¡A ver la cartera!

—¡La cartera! ¡La cartera!—rió Jorge, sin acordarse de las curiosas observaciones que acerca del común contenido de aquel adminículo había hecho poco antes.

Sucedió donosa cháchara. Aunque ningún secreto de Estado, grande ni chico, tenía Jorge que ocultarle, rehusábase a satisfacer la peregrina demanda. Engarzó, a propósito, subrayándolos con el arrebatador gesto de gallardía de sus bigotes rubios, frívolos conceptos, reticencias espirituosas como los residuos que palidecían en las copas, con apagadas fulguraciones. Y tal efecto produjeron de hilaridad y de hechizo, en la muchacha, que pareció al caballero que ésta no tenía ya muy firme la cabeza.

Pero resultaron inútiles. Ante la obstinación de ella, hubo de extraer Jorge del bolsillo una bien oliente cartera de piel de Rusia. Verla Sofía y arrebatársela, obra fué de un instante. Inútilmente procuró recuperarla el aturdido mozo. Dió entonces comienzo un retozo picaresco y febril. Para defender su presa se levantó Sofía del asiento; y, como otro tanto hiciera su amigo, empezó a correr, muerta de risa, en derredor de la mesa, esquivando la breve persecución. Al cabo de no pocas vueltas y revueltas logró alcanzarla el diputado. Quitóle el codiciado objeto, tras de mucho forcejear. Sofocado, se dejó caer en el diván. Con rapidez

felina pretendió de nuevo Sofía obtener lo perdido. Se abalanzó sobre él. Rodó entonces la cartera por el suelo esparciendo su contenido; y la dama, en su vano intento, vióse cogida por las muñecas, y vió asimismo, tan cerca de los suyos que casi se confundían al nacer las miradas, dos ojos relampagueantes, de un azul de acero, que la quemaban.

Momentos después, como ella permaneciera silenciosa, sonrojada, en un extremo del diván, con los codos puestos en las rodillas y la cara apoyada en las manos, inició Jorge la tarea de recoger los papeles diseminados en la alfombra. Entre ellos estaba una carta de Julia.

—Creo—dijo, cuando hubo concluido, embolsándose la cartera—que hemos hecho una barbaridad...

XIX

«Molino de Nazas, 8 de julio.

Como la temporada de lluvias se encuentra ya en auge, quiso mi tío Luis—a pesar de no iniciarse aún el veraneo «oficial», que no empezará sino hasta pasadas las fiestas de Agosto—que yo anticipadamente gozara de las hermosuras del campo, temeroso de que pronto emprendiera el regreso a Méjico.

Aquí me tienes, pues, mi buen Jorge, en esta finca, con toda la familia; y aquí contesto tu ansiada carta de antier, en la cual, aunque tarde, me cuentas de tus triunfos electorales en Texcoco. No te envidio las bellas cosas que contemplaste en el Molino de Flores, donde, según me dices, te ofreció un banquete el jefe po-

lítico de la localidad y pronunciaste el famoso brindis del que me remites un «recorte» con tu retrato. Y no te las envidio porque en otro molino estoy yo, más bonito y menos artificial que aquél, sorbiendo a pulmón lleno los salubres aires de estas regiones.

¡Qué portento, nunca lo bastante admirado, el del campo! En contacto con él, siente una la presencia de Dios.

Acabamos de llegar. Ya anochece cuando desde las cumbres de Santa Emilia divisamos la silueta blanca del Molino esfumada en brumas azulosas. Un gran semicírculo de tintas anaranjadas se extendía en el cielo del poniente, recortado por la masa negruzca de la *Mesa Redonda*, un cerro caprichosamente geométrico que, según declara mi tío, llamó la atención del barón de Humboldt; aunque mucho dudo de la veracidad de tal noticia, pues, a lo que entiendo, el ilustre sabio jamás vino por acá.

Bajamos en el guayín la pedregosa cuesta que al Molino conduce. Mi primo Gustavo, que venía a caballo, animoso y risueño azuzaba a las mulas. Dió rápidamente el carricoche una vuelta. Pasó frente a la portalada del edificio, y saltamos junto a la puerta de la casa que habita mi tío, agasajados por los festejos y cabriolas de *Pipo*, un perrazo zalamero que nos aturdió con sus regocijados ladridos.

¡Cómo te pintaría, Jorge, el encanto bucólico de esta noche! Paseábamos por el «asoleadero», bajo un cielo profundamente azul, tachonado de estrellas, cuando apareció el disco amarillento, inmenso, de la luna en su plenitud, tras de los olmos de la lejana acequia... ¡Qué esplendor! Yo suspiré, pensando en ti. Necesitaba de tu presencia ante el espectáculo único, inefable. Había en el aire una fragancia de plantas silvestres que embriagaba. Escu-

chábase el rumor de las turbinas como endulzado por la placidez nocturna. Mi prima Conchita cantó. Tiene una voz simpática, como su figura toda, gordita, rebosante de salud. Cantó una canción de la tierra. Le «hacían segunda» mi prima Ana, una morena muy salada y muy irónica, y Gustavo. Yo los escuchaba juntamente con doña Victorina, hermana de mi tía, y con un joven que anda por aquí, medio poeta, estudiante de Guadalajara, y del cual malas lenguas dicen que está enamorado de Conchita.

Serían no menos de las ocho cuando nos llamaron a cenar.—Yo hubiera querido que la noche y las canciones se prolongaran eternamente.—Gran bullicio y risotadas en la mesa. Bebemos una leche espléndida y cortamos sendas tajadas de un pan doradito, succulento, obra de las habilidades que de pastelero tiene un señor don Vicente, arrugadillo y trigueño, que ya vino a saludarnos.—Yo miro a mi tío; no ceso de mirarlo porque me parece tan bueno, tan bueno... Tiene como cuarenta y cinco años. Su cara morena es de facciones acentuadas y afables. El pelo, negrísimo aún, se levanta sobre la despejada frente. Sonríe a menudo, y, al sonreír, dilata las cejas de un modo muy gracioso. Este hombre es un patriarca; ha vivido en el afecto de su numerosa prole; en su candor de niño, poco sabe del mundo; goza de la salud moral de quienes alientan en la paz bienhechora del campo... ¡Así quisiera, Jorge, que fueras tú!

De sobremesa, el estudiante de Guadalajara sacó un libro que en el bolsillo traía, y nos leyó un poema de Núñez de Arce. Estaba muy conmovido el pobre. A mi prima se la comía con los ojos. Pero, Conchita, ni por esas...

Es muy tarde ya, ahora que te escribo en la mesa del despacho, a la luz de una panzuda

lámpara de petróleo. Todos duermen. De afuera viene un rumor indefinible: parece como del campo que sueña... ¡Oh, un rumor tan velado, tan manso, tan dulce, Jorge!

Julia.»

«14 de julio.

Hoy por la mañana, a las once, mi querido Jorge, fuimos mis primas y yo a bañarnos en el río. Era una delicia el agua bajo la fresca sombra de los olmos. En algunos remansos, los ramajes de los sauces parecían besar la corriente quieta, casi inmóvil. Soplaban un viente chico travieso que nos hacía gritar, con escalofrío, cada vez que lo sentíamos sobre de las camisas mojadas, y que nos obligaba a zambullirnos más que de prisa. Conchita, al salir del baño, tenía unos colores de rosa de Castilla. El cabello suelto de Ana, chorreando sobre la toalla, se creería de ébano.

Regresábamos, seguidas de *Pipo*, cuando al llegar al Molino nos encontramos al mozo, que volvía de Lagos, y que me dió el enormísimo gusto de entregarme tu carta. La abrí más que de prisa, en el escritorio, a pesar de la insistencia de mi tío que me ofrecía una copa de tequila —o *acqua fontis*, como él sabiamente le llama—, para que «entrara en reacción».

Tu carta me ha desolado. Se antoja la de un monje arrepentido.—¿Qué te pasa, mi buen Jorge?—Me sorprende de veras que, cuando acabas de obtener un éxito sonado, pienses que el mundo es triste y me hables de sus miserias.—¡Qué!, ¿te ha ocurrido algo? ¿Tuviste algún disgusto?—No deja de turbarme también

el retrato romántico que de mí haces, y tu imploración de que vuelva pronto a tu lado; porque —¿a qué negártelo?— yo pensé alguna vez que, desde tu ingreso en la política, me tenías un poquito olvidada.

Ya iré, sí, ya iré, señor mío. Y he de darle todos los consuelos que me pide; pues, para entonces, gozaré de cabal salud. Y desde luego asumo el papel de consoladora, hermana de la caridad o como su merced quiera llamarlo, narrándole las mil cosas buenas de por acá.

¿Sabes, Jorge mío, que este Molino de Nazas es un lugar precioso? Por las mañanas, cuando salgo afuera, gana siento de arrodillarme para dar gracias a Dios. ¡Qué puro ambiente! ¡Qué pintorescas lontananzas! Está el Molino situado en una lindísima vega. Miras al poniente, y te tropiezas con la enigmática *Mesa Redonda*. Miras al sur, y tus ojos se recrean con la lejana perspectiva de la *Mesa Larga*—otro cerro al que también llaman «mesa», sin duda por la afición que a ella tienen mis paisanos y lo bien que la ponen cuando se anuncian invitados—. Hacia el oriente se extienden los dilatados lomeríos de Santa Emilia; y al norte la vega se ensancha con el ejército de olmos que parece custodiar al río... ¡Y qué variado paisaje el del terreno llano! Aquí un alfalfar; allá una milpa; más allá un potrero lleno de nopales y huizaches en el que mansamente paca el ganado.

Mi vida es variadísima; más variada y sana que la de cualquier político (no te enojés). Me levanto con el sol; monto frecuentemente a caballo; ayudo a las muchachas en la cocina... No leo nada. Los libros de los hombres de bien poco sirven ante el gran libro abierto de la Naturaleza.

Hemos ido a un rancho que está aquí cerca. Se llama *La Trinidad*, y con sus paredes a ma-

nera de torreones, en lo alto de una colina roja, me da la ilusión de ver un castillo feudal. Quisiera entonces convertirme en princesa y tener al alcance a mi trovador... — No lejos está *El Naranjal*, que perteneció a mi madre y compró mi abuelo don Mauricio Saussay. He resistido a la tentación de ir allá. Me considero sin fuerzas para ello; ¡está en mí tan vivo el recuerdo de la pobrecita muerta!

Por las tardes entro en quietud. Divago; sueño.... — Estoy tejiendo una colcha de gancho para cierta personita que yo me sé. — En la bodega, provisionalmente convertida en alcoba, que todavía conserva un grato olor de harina nueva, Victorina y yo nos reunimos a tejer. Victorina es la mujer más graciosa y de más fino talento para la crítica social que conozco. A mí, que soy tan seria, que hablo tan poco, me hace morir de risa con sus donaires. En ocasiones me acompaña el estudiante de Guadaluajara, que sigue más enamorado que nunca. Victorina le invita a que nos lea *Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno*, y él accede de buen grado.

Hoy comerá con nosotros don Augusto Gándara, un amigo viejo de mi familia, muy cortés y simpático. Le acompañan algunos señores. Le han dado ya algunas copitas de *acqua fontis*, y el excelente caballero, que es solterón, lampiño y con una cara como una rosa por lo fresca, empieza a achisparse. Excuso decirte que, en tal estado, le da la ventolera por plañir la soledad de su existencia... ¡Veremos si no se me declara!

Y, ahora que me acuerdo, adiós, mi señor don Jorge. Me llaman a la mesa; y usted sabrá que, después del baño, entra un apetito... voraz.

Julia."

Lagos, 20 de julio.

«Ha pasado casi todo el mes sin que yo recibiera otra carta tuya, Jorge. ¿Qué pasa? ¿Me has olvidado? A menudo me digo que soy loca cuando pienso esto; pero, ¿será verdad que las mujeres, en cosas del corazón, solemos acertar en los presentimientos crueles?»

Hace una semana que charlo contigo día a día, por correo, sin cesar. Y tú no respondes. ¿Por qué?

Julia."

21 de julio.

«No te sorprenda, mi querida Sofía, recibir estos renglones ahora. Poco te he escrito; pero tú algo menos que poco, dado que te faltó tiempo o quizás humor para contestar a mi única carta.

Esto me hace suponer que te hallas contenta en tu torre de marfil de la gran sociedad. ¿Hay mucho bueno de modas?»

Sofía, tú me quieres como a una hermana; lo sé. Me siento indigna de ese cariño, cuando pienso que la presente no la dicta el afecto, sino un vivo interés.

Quiero hacerte dos súplicas: la primera, que me informes acerca de Jorge, del cual no tengo noticia alguna, por lo que estoy en constante zozobra y murria; la segunda, que influyas tenazmente con papá—como tú sabes hacerlo—, para que ordene mi inmediato regreso, pues ya me encuentro completamente bien de salud y con ansias de volver a México.

¿Lo harás, Sofía?

Yo sé que sí; el corazón me dice que lo harás.

Julia."

XX

El automóvil, al llegar frente del monumento a Cuahitémoe, en la Reforma, torció a la izquierda, entrando por la Calzada de los Insurgentes. La tarde era hosca y desapacible; un viento huracanado, denso, luchaba por deshacer los nubarrones, cuyos resquicios dejaban a ratos adivinar la existencia del sol.

Sofía, friolenta, se arrebujó en su oscuro manto de pieles y entrecerró los párpados. Más de una semana hiciera que no veía a Jorge. Esperábale todos los días. No atinaba a explicarse tal ausencia, que a ratos le producía cólera.—¿Se habría burlado de ella?—Y como su natural altivez le vedaba llamarlo, aquella tarde, ya bien entrado julio, encaminóse a casa de las Alcalaes. Una secreta esperanza tenía de encontrarle allí.

Ante un gallardo palacete, en la calle de Mérida, se detuvo el vehículo. Rosales y geranios se multiplicaban en el estrecho peribolo. Sofía lo atravesó presurosa, y a poco entró en la sala.—¡Qué aburridas horas la aguardaban! Veíalo todo con tintes sombríos. Un no sé qué de necio y de molesto lo llenaba todo: hombres y cosas.—Le pareció insufrible Ondarza y Perrín, en su eterno secreteo con Berta Güemes. La señora de Alcalá, desde la elevación de su marido a la Subsecretaría de Guerra, no hablaba sino de cosas sutiles y finas, repetía entonces, por la vez centésima, la historia de su visita al castillo de Chillon, en Ginebra, donde aún alentaba la sombra romántica de Lord Byron. La viuda de Holden, con su parla mitad germánica, mitad gala, entreteníase con dos gomosos, luciendo sus más que maduras pan-

torrillas, encerradas en la sedaña media de color violeta. Las niñas de la casa, quienes desde el ascenso de su padre cambiaban de novios como mudarían de camisa, coqueteaban con un par de mozalbetes que, a juzgar por la traza, cualquiera les tomaría por dependientes de almacén.

Sordo malestar se apoderaba de Sofía. Por primera vez era para ella su «gran mundo» cosa monótona. Arrellanada en un sillón, en el esplendor de púrpura de su traje, que tan bien sentaba a su tipo moreno, realzado por el sombrero negro, de luengas plumas, miraba con antipatía el presuntuoso saloncete de sus amigas, y, disimulando su impaciencia, apenas si prestaba atención a la común charla.

—¿Asistió usted al último concierto de Manuel Ponce?—preguntóle su vecina de estrado, una dama de distinguido porte, de esbelto cuello, que en el mirar de sus luminosas pupilas cafés, sombreadas por largas pestañas, a las claras descubría su procedencia tropical.

—No, señora; poquísimo he salido de casa...

—Pues lástima que gustes tanto del encierro—intercaló Berta Güemes—. Jorge y tú parece que se han propuesto no dejarse ver por parte alguna (1). Desde el día que me dejaste plantada, cuando esperé que me convidarías al bosque...

A no dudar, placía a doña Beatriz, la señora de seducción tropical, el tema de la música; porque añadió, dirigiéndose a los presentes:

(1) Es solecismo corriente en México, y probablemente en toda la América española, substituir el pronombre de tercera persona de plural al de segunda. El autor, fiel ante todo a la verdad, no omite en los diálogos tal solecismo, que difícilmente llegará a corregirse.

—Da grima pensar que en México no comprendamos toda la importancia, no ya únicamente artística, sino nacional, de la obra de Manuel Ponce... Su *Trio* es, ciertamente, una maravilla de frescura romántica; pero sobre todo me encantan, por lo sentidas, por lo nuestras, sus canciones mexicanas.

—Yo prefiero los vales de Berger—aseguró María Alcalá—. ¡Europa, siempre Europa! ¡Ay, yo no puedo vivir sin Europa!

—Pero Europa no es Berger; ¡si serás tonta!—replicó su hermana Elisa, que se la echaba de aventajadilla en tales cuestiones, y se había familiarizado ya, además, un poco con los terrones patrios—. ¡Europa será, en todo caso, Strauss, Debussy, Vincent d'Indy, Fauré! Y en cuanto a Manuel Ponce...

El maestro Núñez—gran melena, faz rolliza y bien afeitada, espejuelos oscuros y enorme corbata negra—; el maestro Núñez, que acababa de llegar, le cogió la palabra:

—¡Uhum! Manuel Ponce... ¡Uhum! No está del todo mal... Compone regularcillo... Poco apego a los cánones; inspiración desatada... Lo que me choca en él es su mexicanismo rampón... Miren ustedes que arreglar canciones y componer rapsodias con motivos de «pelados»...

Ondarza y Perrín salió al quite:

—No otra cosa hicieron en su tierra algunos compositores ilustres, señor mío. Más les valiera a los músicos mexicanos seguir el camino abierto por Ponce, que no insistir, como hasta ayer, en la composición de obras nacionales con título francés. Los músicos de México, con excepciones contadísimas y muy honrosas, se parecen a los fabricantes de casimires: necesitan de la marca de fábrica extranjera. ¡Como si en Río Blanco no se hicieran telas tan buenas como las de Francia o Inglaterra!... Pero,

¿qué quieren ustedes? Esa es la desdicha de nuestro carácter nacional: necesitamos del sebo extranjero para tragar nuestras cosas buenas. Tenemos un afán grosero de imitación... Ponemos en alemán los programas de los conciertos, para que nadie los entienda. Al estilo colonial en los muebles, suntuoso y rico, preferimos el ayancado y grotesco *mission*, que no es sino ridícula degeneración de aquél. Al tradicional y succulento chocolate que nuestras abuelas servían con bizcochos, hemos substituído el anodino té, que las damas de ahora sirven con *savoirfaire*, según acostumbran decir los gansos de los periódicos. Antes que ocupar las bien aireadas, cómodas y familiares casas a la mexicana, con sus bellos patios, nos encerramos en latas de sardinas a la europea, donde no entra el aire ni a tiros. Hacemos una revolución, y se nos figura que copiamos a Francia: que éste es Danton, aquél Robespierre, el de más allá Camilo Desmoulins, Carlota Corday una prieta cualquiera, y media docena de granujas los Girondinos... ¡En fin, señor mío, que estamos fastidiados con esa reprochable manía de extranjerismo!

Calló, sofocado, sin hacer caso del monóculo, que resbalaba de su ojo izquierdo.—El maestro Núñez frotábase las manos, corrido.—Y tiempo era de que acabara el senador, porque en aquel momento penetró Jorge Bazán. Sonrió de lejos al descubrir a Sofía; y aproximándose a saludarla, sin hacer caso de su mal disimulado desabrimiento, le dijo:

—Vengo de tu casa. Estuve a buscarte...

El maestro Núñez, a ruego de la señora de Alcalá, tocó una barcarola de su cosecha.—«Viremos—dijo, mesándose las greñas, al sentarse al piano—, si a don Manuel no le parece francesa.»

Ni francés, ni de ninguna parte, era aquel sonsonete manoseado y ramplón. Mientras María Alcalá servía el té, Elisa trajo una bandeja con *sandwichs*. Estaban exquisitos.—Hablaba en esa sazón con la viuda de Holden el maestro Núñez, ponderándole su chifladura por la música alemana. ¡Le entusiasmaba verdaderamente!—Mas como la señorita de la casa se avecinara a él, cogió uno de los panecillos con famélica rapidez. Mascullando afanoso, seguidamente dijo a la jamona:

—¡Ay, señora, qué bueno es el arte!

—Excelentes están, sí,—respondió la viuda, distraída.—Creo que tienen algo de *foie-gras*...

Con motivo de la presencia de Bazán hubo de comentarse la inminente apertura de las Cámaras. También se tocaron, aunque con mesura, algunos temas políticos. Ondarza y Perrín se refería, con su eternamente batallador espíritu, al estado de desbarajuste en que se hallaba el país desde que se estableció el nuevo Gobierno. Aunque sofocada la sublevación de Orozco, en el Norte, no había entrado aún la República en la calma bienhechora desaparecida en 1910.

—Todo ello se debe—concluyó, acariciándose la afeitada faz—, a que en estos países eternamente revolucionarios, todas las revoluciones abortan y se olvidan de sus principios en cuanto llegan al Poder. ¡Otra vendrá, y otra, y otra!... De revolución en dictadura caminaremos a saltos repetidos, mientras no nos convenzamos de que el bienestar de los pueblos sólo se alcanza con legislaciones sabias, con justicia, con cultura, con industrias, con comercio; cosas todas que no se logran sin la paz.

Jorge Bazán, que discutía con enojo y fatiga en defensa de las flamantes instituciones, acabó por decir, al final de la insulsa controversia:

—Repetiré lo que dije hace tiempo. Todas esas ideas, Ondarza, que saca usted a relucir con tanta prosopopeya, son ideas viejas que no responden al actual momento histórico.

—Son ideas eternas, amigo,—afirmó el senador.

Fué un descanso, ya apetecido, en la tediosa disputa, que Elisa Alcalá tocara en el piano el *Warum?* de Roberto Schumann.

Escuchando aquel interrogador arcano ¿por qué? no apartaba Jorge los ojos de Sofia. ¡Qué desesperada lucha la entablada por él en la última semana! Desde que se separaron, aquella mujer le había infundido una sensación de desvío, ya que no de repugnancia, pues él era incapaz de sentirla por nada que le hubiese proporcionado un placer.—De desvío, con su poquito de malquerencia, porque venía a turbar su plácida quietud de soltero. La comedia frívola en drama se trocaba. Al principio, temió el joven diputado el desenlace, y nervioso y contrito escribió a su novia una de aquellas epístolas de ternura untuosa, de dolor sordo, que acostumbraba escribirle al día siguiente de cualquier sardanapalesca aventura.—Con esto y con no ver más a Sofia, estaba todo arreglado. Ella se olvidaría del lance; Julia no sabría nada; don Miguel continuaría muy creído en el amor de la morena... y ¡*tutti contenti!*—Tuvo la heroicidad de mantenerse firme en semejante determinación algunos días. Al cabo del tercero, le picó el gusanillo del deseo. Fué un picor suave, ligero... Se acordaba de lo guapa que era Sofia... ¡Y de lo complaciente! ¡Qué ingenuidad la suya, de colegiala!—No bien amaneció el cuarto, mientras se peinaba, suspiró por ella: ¿Cómo estaría la pobre de sola y de triste, con aquel mascarón de don Miguel? Y el pobre señor, ¡qué fea traza tendría, a tan temprana

hora, en paños menores!—No, no era correcto que él la abandonase así, tan brutalmente como un jifero. —Abandonarla, sí, señor; pero con explicaciones, de una manera decente.—Al anocheecer del quinto, la picadura del gusanillo no le produjo ya simple escozor, sino acentuada dolencia: «la» deseaba, «la» deseaba febrilmente, ardorosamente, locamente...—Y a partir de entonces, Jorge Bazán necesitó apelar con rudeza a las que él llamaba sus «energías morales», para no ir corriendo a la esquina de las calles de Versalles y Atenas. Fué un combate despiadado, que le dejó sin fuerzas, inquieto, con un incendio por dentro; tal y como ahora estaba, interiormente afligido por la crueldad esquiva de ella, quien ni por un instante se volvió a mirarle.

Cuando terminó el *Warum* Sofía se puso en pie. Despedíase.

—Voy a acompañarte—dijo Jorge, con acento tan concluyente, que ella, no obstante que pensara negarse, accedió.

Al bajar la escalinata, entre rosales y geránios, la llevaba cogida del brazo, como cosa suya, que nada ni nadie le arrebatara más.

XXI

No bien se acomodaron en el auto y éste hizo sentir su impetuoso arranque, Sofía se echó a llorar. Era el suyo un llanto convulso, angustioso, que la sacudía con violentos espasmos.—Jorge, asustado, corrió las cortinillas de los cristales fronteros.

—Vamos, ¿qué te pasa? ¿A qué esas lágrimas?—interrogó, titubeante.

Nunca había visto llorar a una mujer así. No

hallando palabras adecuadas a tan raro momento, calló; y hubo de limitarse a coger la diestra de la dama, entonces inanimada y flácida, en su inconsciente abandono.

Continuaba el llanto desatado, férvido. Y el ruido que producía antojábase extraño en aquel reducido interior de bombonera, cálido, perfumado por los lirios que languidecían en el vaso de cristal y que la tenue luz de las lámparas rebozadas en el techo iluminaba con claridad incierta y voluptuosa.

A través de los ventanillos vió el joven perfilarse la masa oscura del monumento al Emperador azteca. Iban a llegar. Tuvo miedo de que la considerasen en el lamentable estado en que se hallaba; y cogiendo presuroso la bocina, ordenó al *chauffeur* que diera vuelta y subiese por el propio Paseo de la Reforma, hacia Chapultepec.

—¡Pero, Sofía, qué es esto! Reflexiona... Cálmate... No tienes razón para llorar así...

Evidente fué la inanía de sus palabras. La mano no daba señal de vida entre las suyas, y el gorgoriteo lacrimoso proseguía, como de no extinguida fuente. Ensayó caricias; Sofía, muda, le rechazaba. Y ya empezaba a cargarle tal obstinación, cuando, en anheloso paréntesis de llanto, se dejó oír una voz entrecortada y doliente que decía:

—Tú no deberías haberme tratado así, Jorge...

Sintió lástima; lástima de aquella mujer bonita, elegante, que olía tan bien, y que ahora, en su dolor, casi convertida en humano guiñapo, alzaba hacia él los ojos suplicantes, en cuyas pestañas, alongadas y negrísimas, temblaban, antes de caer, las lágrimas.

—Tú no deberías haberme tratado así—repetió, sofocando los últimos sollozos con el bor-

dado pañuelo—. Si tan poco valgo para ti al día siguiente de mi caída, claro es que en muy poco me tienes...

Protestó, elocuente, el diputado. En ese instante era sincero. Se horrorizaba de su falta de miramientos, de su brutalidad, de su egoísmo para con aquella muchacha que, después de todo, ningún mal le hiciera, sino, antes bien, bonísimo rato le proporcionó.—Habló con febrilidad, a la manera de un pecador arrepentido. Manantial de ternezas eran sus labios. Y a medida que cantaba el aria donjuanesca, que salía a borbotones, maravillosamente acentuada por el gesto, lejos de disminuir el acervo de las frases, Jorge, poseído de ciego erotismo, interiormente lo veía ensancharse, al calor de aquel cuerpo tibio, que se acercaba, que se acercaba, fascinado; que le enlazaba con sus brazos, que le miraba con los ojos húmedos aún, y que buscaba sus labios, sediento, como si quisiera beber en el raudal inagotable.

El automóvil corría desalado por las obscuras avenidas de Chapultepec. Envolvía el bosque en el hálito sensual de la tarde apasionada y distante. Los árboles les tendían sus ramas, como brazos ansiosos, al pasar.

Cuando Sofía volvió a casa, flaqueaba al peso de su júbilo interior. Jorge se despidió de ella, sonriente, junto a la verja. Con un guiño expresivo hubo de recordarle el mancebo que no olvidara la cita del día siguiente, que ambos, de antemano, concertaron.

Justina, su doncella, le dijo al entrar que el señor había telefonado, avisando que vendría tarde a cenar. Vagamente se dió cuenta de tales palabras. Sólo al penetrar en su alcoba la contemplación de un objeto logró arrancarla a su embriaguez: bajo de la ancha cama asomaban las pantuflas verdes de su marido.

Prepárame el baño, Justina...

Atroz cansancio la enervaba. En tanto que su cerebro se mantenía en aguda lucidez, rendíase el cuerpo a la fatiga; a una fatiga suave, voluptuosa.

Fresca, conservando todavía las emanaciones del agua templada, se metió en el lecho. Hizo que allí le llevasen una merienda frugal. Después, apagó la lámpara...

No dormía, no quería dormir. El claror de la calle, velado y difuso, se colaba por las entornadas maderas del balcón. Con los ojos abiertos, arrebuja en las mantas, entregábase ella a su incongruente soliloquio:

Había oído decir que la tortura de los amores ilícitos es el remordimiento. No sentía ninguno. La turbación que siguió a la caída duró lo que tardara en ver a su marido. Aquella faz bonachona y riente, aquellos paternales halagos con que él siempre la recibía, borrarón en su ánimo el menor asomo de inquietud, ni más ni menos que como acaece con los niños que, luego de haber hecho secreta travesura, encuentran la benéfica sonrisa del papá que lo ignora todo.

El combate íntimo, el choque de sensaciones y de ideas empezó después.—Jorge no volvía. Ni en los paseos, ni en las calles, ni en parte alguna, se dejaba ver Jorge. Ella lo deseaba.—¿Le quería, acaso?—Primero sufrió tristeza; un afán constante de llorar: el mismo que tuvo en vísperas de la partida de Julia.—Más tarde, del fondo, muy del fondo del alma, ascendió un sentimiento nuevo: la altivez herida.—Si Jorge no venía, era porque Jorge la burló.—¿Burlarla?—Había caído sin saber por qué. No había esperado, ni menos había pensado en desear su caída. Lo importante era eso: *no había pensado siquiera en desear...* La cosa ocurrió tan na-